

BREVE BIOGRAFÍA Y PROCESO DE CONVERSIÓN DE ROBERT HUGH BENSON

Robert Hugh Benson es el menor de los tres hijos de E.W. Benson, Arzobispo de Canterbury y cabeza de una de las más célebres familias de literatos británicos. De sus tres hijos, A.C. Benson, E.F. Benson y R.H. Benson, éste último parecía destinado a seguir los pasos paternos y ordenarse sacerdote de la Iglesia de Inglaterra de modo que su inesperada conversión al catolicismo romano en 1903 y su posterior ordenación constituyó un auténtico acontecimiento.

Robert Benson nació en 1871 y murió en 1914 a la edad de cuarenta y tres años. En 1894 recibió las órdenes anglicanas por complacer a su padre. En 1897 atraído por el ideal monástico, entró a formar parte de la Comunidad de la Resurrección, en Mirfield. Fue en ese lugar dónde comenzaron sus dudas acerca de la doctrina, la disciplina y la naturaleza de la Iglesia de Inglaterra. Pero a pesar de esas dudas no dudó ni un segundo en dar una respuesta negativa cuando el Dr. Gore, fundador de la Comunidad de la Resurrección y futuro obispo de Worcester le preguntó si no existía cierto riesgo de que acabara en la Iglesia Católica.

Al verano siguiente, Benson le confesó a su madre que había experimentado algunas *dudas respecto a Roma que ya han desaparecido*”, pero no tardaron mucho en regresar. Del retiro que predicó en 1902, uno de los asistentes aseguraba que lo podía haber predicado cualquier sacerdote católico. En ese mismo retiro recomendó encarecidamente a sus oyentes los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, con el argumento de que es de sumo interés no descuidar la inteligencia.

Enormemente preocupado por sus dudas recurrentes acerca de la doctrina y la universalidad de la Iglesia anglicana, Benson confesó sus dificultades a su superior en Mirfield. Con espíritu de obediencia leyó cuantos libros le fueron proporcionados del lado anglicano y consultó a toda autoridad viviente que se le sugirió. Lejos de convencerse, pidió permiso a su superior para ponerse en contacto con algún católico eminente. La respuesta del católico le creó una confusión aun mayor, ya que éste le contestó que no se sentía capaz de aconsejarle ser recibido en la Iglesia Católica, ya que él mismo albergaba serias dudas acerca de la infalibilidad del Papa, concluyendo que sería mejor que se quedara donde estaba.

“... venia a demostrar que, incluso en la Iglesia de Roma, existen enormes divergencias y diferencias de opinión, y que no había dentro de ella la Unidad que yo buscaba. El final del sacerdote en cuestión, su excomunión y su muerte fuera de la Iglesia fueron, obviamente, clara señal de que aquello no era cierto, y que los hombres que desvirtúan – incluso de buena fe – la enseñanza de la Iglesia no están legitimados para representarla”.

En 1903 Benson no había llegado a resolver sus dudas respecto a Roma. En esos momentos hubo dos libros que le ayudaron a ver el camino más despejado: el ensayo de Newman sobre *El desarrollo de la doctrina cristiana* y el otro de Mallock, *Doctrina y ruptura doctrinal*. Ambas obras – escribió Benson – le ayudaron a vencer *“los obstáculos concretos que me separaban de Roma”*, así como *“los últimos vestigios teóricos que me mantenían unido a la Iglesia de Inglaterra”*. El libro de Newman había *“disipado como por arte de magia los últimos jirones de niebla, dejándome ver la Ciudad de Dios en toda su belleza y su poder”*.

La lectura de las Sagradas Escrituras fue lo último en el tiempo – pero no en importancia (o como el mismo dijo «finalmente y por encima de todo») – que acabó por convencerle de «las justas pretensiones de Roma».

En el verano de 1903 expuso a su madre la situación en que se hallaba y esta le recomendó encarecidamente que se entrevistara con 3 eminentes miembros de la Iglesia de Inglaterra que intentaron disuadirle de dar el paso decisivo hacia Roma. Ante la pregunta de uno de ellos de si no sentía aversión hacia algunas devociones de la Iglesia Católica, Benson contestó que le incomodaban las devociones populares a la

Santísima Virgen, pero que lo que él intentaba era dirigirse a Roma no como crítico o como maestro, sino como un niño o un aprendiz y que si su opinión difería de la de la Iglesia era su deber corregir cuanto antes aquellas ideas.

Hacia finales de julio, Benson recibió de Mirfield el ultimátum de o bien regresar para la asamblea anual de la Comunidad de la Resurrección o bien dejar de considerarse miembro de ella. Con gran desolación respondió que no podía en conciencia volver allí.

Nervioso por la intranquilidad que estaba generando, Benson intentó buscar reposo en una gira en bicicleta a través de Sussex, pero no lo halló. Le preocupaba la angustia de su madre a lo que se añadía el turbulento estado de su alma *“que aunque intelectualmente convencida, atravesaba aún circunstancias excepcionales”*. Paradójicamente, entre sus más profundos sentimientos no se incluía ninguna atracción emocional por parte de aquello hacia lo que sí se veía intelectualmente arrastrado.

“Comprendí perfectamente que era tan humana como divina (la Ciudad de Dios o Iglesia Católica), que dentro de sus muros se habían cometido delitos; que las formas las costumbres y el idioma de sus ciudadanos serían distintos de los de la querida y familiar ciudad de la que yo procedía; que allí me encontraría con dificultades, con maneras poco conocidas, incluso con recelos o reproches. Pero que, a pesar de todo, era divina...”

Esta mezcla de falta de entusiasmo y antipatía actuaba de tal modo sobre las conclusiones de su inteligencia que Benson se hallaba falto de energía, sin ningún sentimiento de júbilo o bienvenida... *“me hallaba mortalmente debilitado y cansado de todo aquello”*.

El lunes 7 de Septiembre emprendió su último viaje como anglicano vestido de seglar hacia el priorato católico de Woodchester y escribía

“Dudo que exista nadie que haya entrado en la Ciudad de Dios con menos entusiasmo que yo. Era como si careciese completamente de cualquier sentimiento; no sentía ni alegría ni pena, tampoco temor o nerviosismo. No había más que la Verdad, tan lejana como una cumbre nevada, y yo, que debía abrazarla... Estaba como saliendo de la ceguera causada por una luz artificial desprovista de calidez, de brillo y de amabilidad, para pasar a la pálida luz de una fría y monótona certeza”.

Su espíritu continuó adormecido, animado únicamente por la *“absoluta certeza de que estaba cumpliendo la voluntad de Dios y cruzando las puertas de su Iglesia”*.

El 11 de Septiembre iba a tener lugar su recepción. En la sala capitular se arrodilló junto al prior, se confesó por primera vez, pronunció los actos de fe, esperanza, caridad y contrición. Después de recibir la absolución, entró en la iglesia para dar gracias. A la mañana siguiente recibió la Primera Comuni3n de manos del prior.

BREVE BIOGRAFÍA Y PROCESO DE CONVERSIÓN DE CHRISTOPHER DAWSON

Christopher Dawson nació en Gales en 1889 y murió en 1970 en Yorkshire, en Inglaterra. Historiador Británico convertido al catolicismo en 1914.

Llegó al Trinity College (Oxford) en 1908. Fue un admirador incondicional de Knox. Dawson comenzó a rondar los límites del grupo anglocatólico de Knox, converso al anglocatolicismo relativamente reciente, que hasta entonces venía declarándose agnóstico. El reavivamiento de su fe se debió, en gran parte, a su amistad con Edward Ingram Watkin, un anglocatólico convertido al catolicismo romano el mismo año de la llegada de Dawson a Oxford. Dawson escribió muchos libros cuyos principios innovadores, sobre todo en lo referente a la filosofía de la historia, ejercieron una influencia decisiva sobre muchos de sus contemporáneos, entre otros, sobre T.S. Eliot.

La relación de Dawson con Watkin ha sido descrita como «la primera amistad y la más importante» para Dawson. Cuando en el verano de 1905 Dawson y Watkin coincidieron en Bletsoe, donde fueron encargados al cuidado de un tutor, «no fue augurio de ninguna amistad futura», como afirmó Watkin. Incluyó una violenta disputa religiosa. Dawson atravesaba un periodo de escepticismo religioso, mientras que Watkin se confesaba un anglocatólico convencido: una mezcla desigual que desembocó en una polémica con violencia física incluida, cuando el joven anglocatólico se armó con una silla para descargarla sobre la cabeza del joven agnóstico.

A Dawson lo habían enviado a Winchester, cuya formación religiosa le pareció «árida y descarnada». Así pues, lo único que consiguió el colegio más religioso de Inglaterra fue apartarlo de la religión oficial. Su búsqueda de un principio de autoridad no desembocó en la Iglesia anglicana, y mucho menos en el ala anglocatólica de la Iglesia de Inglaterra, cuya debilidad se manifestaba precisamente en el aspecto en que se declaraba más fuerte: carecía de autoridad. La doctrina de Dawson no era la de la Iglesia oficial, sino la de una minoría emprendedora que establecía sus propios criterios de ortodoxia. Fue este conflicto de autoridades lo que le llevó a perder su fe.

A su llegada al Trinity College (Oxford, 1908) sus dudas se habían apaciguado lo suficiente para permitirle recuperar su fe en el cristianismo, lo cual se debió en gran parte al constante contacto con Watkin. Lo que unió a Dawson y Watkin fue su mucho interés por algunos libros. Watkin abandonó Bletsoe en 1906 y Dawson un poco después, pero la amistad trabada en Oxford se prolongó durante los sesenta años siguientes.

Después de los tranquilos días en Bletsoe, para Dawson la vida en Oxford se convirtió en un torbellino social. A parte de a Watkin conocía a muy pocos católicos y durante algún tiempo no contempló la idea de convertirse. Pero había leído las novelas de Benson. Siempre conservó su admiración por Benson y, veinte años después, seguía animando a sus hijos a leer sus obras.

Durante las vacaciones de Pascua de 1909, Dawson viajó a Roma con Watkin: allí fue donde abrió los ojos a «un nuevo mundo religioso y cultural». A su regreso a Oxford, y también a través de su amigo Watkin, conoció a varios católicos más y a unos pocos sacerdotes. En la Newman Society (la Sociedad de Oxford que reúne a los estudiantes católicos) oyó hablar a Wilfrid Ward relatando las circunstancias en que Newman redactó *Apología pro vita sua*. La *Apología* de Newman iba a jugar un papel decisivo en su conversión.

Dawson siguió toda la vida fascinado por Newman. Al igual que Newman, Dawson se sentía firmemente unido a la tradición anglicana por la historia de su familia y también sabía que la conversión al catolicismo romano le acarrearía la radical desaprobación de quienes le eran más cercanos. Dawson también sabía que su madre – primogénita de Bevan, archidiacono de Hay Castle – se opondría tajantemente a que se pasara a Roma.

A Dawson le costó casi 4 años el dar el paso hacia la Iglesia de Roma. El método que adoptó Dawson fue embarcarse en un estudio exhaustivo de la Biblia y los Padres de la Iglesia, sobre todo, San Atanasio, San Ireneo, San Cipriano y San Agustín. Aún así resulta irónico que lo que le convenciera definitivamente de la verdad del catolicismo fuese un teólogo protestante del siglo XIX: Adolf Harnack. Este teólogo protestante sentaba que Lutero había atacado todo el ideal Católico de la perfección cristiana causando la ruptura entre el presente protestante y el pasado cristiano.

A la vuelta de veinte años, Dawson reconocía la influencia que la obra de Chesterton, *Balada del caballo blanco*, ejerció sobre él.

Al final, no fue ni Newman ni el estudio de la historia lo que le convenció de la verdad de la fe católica, sino una atenta lectura de la Biblia, se muestra en este punto una semejanza con la conversión de Benson.

Otra influencia, no tan profunda pero sí igualmente poderosa, vino a través del encuentro con Valery Mills. Dawson se enamoró perdida e irremediamente de aquella jovencita católica de 18 años. Cuatro años más tarde se comprometieron y a principios del siguiente él abrazó la fe de su prometida.

El padre O'Hare, SJ, recibió en la Iglesia a Christopher Dawson el 5 de Enero de 1914. En la ceremonia Edward Watkin, su amigo y compañero de viaje en el camino hacia la fe, actuó de padrino.

MANUEL GARCÍA MORENTE. El hecho extraordinario.

Nació en Arjonilla (Jaén) el 22 de abril de 1888, procediendo sus padres de familias andaluzas de terratenientes. Fallecida la madre cuando el hijo tenía ocho años, decidió el padre, el doctor García Corpas, conocido oculista, enviarle a Francia a cursar sus estudios: los de segunda enseñanza interno en el Liceo de Bayona, y los universitarios en la Sorbona, donde se licenció en Letras, teniendo como profesores a Boutroux y Levy-Bruhl.

Revalidados los títulos franceses en Madrid, obtiene una pensión de la Junta para Ampliación de Estudios y se desplaza a Marburgo, Berlín y Munich, donde coincide con otros pensionados de la Junta en Alemania: Ortega, Besteiro, Pérez de Ayala. De nuevo en Madrid ejerce, gracias a Francisco Giner de los Ríos, como profesor en la Institución Libre de Enseñanza; y el 23 de mayo de 1912, con veinticuatro años, gana la cátedra de Ética de la Universidad Central, ante un tribunal del que formaban parte Gumersindo de Azcárate, José Ortega y Gasset, Adolfo Bonilla y San Martín, José de Castro Castro, y José de Caso.

En 1926 ocupa Manuel García Morente el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central y era una de las figuras más prestigiosas de la filosofía en España. Cuando estalló la guerra en España en julio de 1936, aparentemente, no era una persona con un perfil que diera motivos para temer nada de la República española. Era públicamente conocido como ateo; de hecho, poco después de morir su madre, siendo un adolescente, dejó de ir a la iglesia: ya decía que no creía.

Era apolítico, y si acaso, sus ideas al respecto podían tener cierta afinidad con las de Ortega y Gasset, con quien le unían bastantes planteamientos y una estrecha amistad. Y sin embargo...

"El 26 de septiembre, recibí por la mañana temprano el aviso confidencialísimo de que urgía me ausentara de casa, y, si fuera posible, de España, pues se había acordado, por ciertos elementos descontentos de mi gestión en el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras, darme la muerte, como era usual entonces".

Tuvo que huir precipitadamente a Barcelona, y de allí a París. Comenzó así un periodo de angustias. "Llegué, pues, a París, sin dinero, y con el alma transida de angustia y de dolor, y además corroída por preocupaciones de índole moral. ¿Había hecho bien en abandonar mi casa y a mis hijas (estaba viudo desde 1923) y ponerme egoístamente a salvo?". Así, en París -recuerda-, el insomnio fue el estado casi normal de mis noches tristísimas". Cavilaba sobre su familia y su suerte, pero también empezaba a verse de un modo distinto que antes: "también a veces repasaba en la memoria todo el curso de mi vida: veía lo infundada que era la especie de satisfacción modorrosa que sobre mí mismo había estado viviendo; percibía dolorosamente la incurable inquietud e inestabilidad espiritual en que de día en día había ido creciendo mi desasosiego".

Hizo gestiones para intentar sacar a su familia de España. Fallaron. Llegó un primer golpe de fortuna: una editorial le pidió que preparara un diccionario español-francés actualizado. Alguien se acordó de él. La idea de Dios llegó por primera vez a su cabeza: ¿sería un castigo de Dios? "La primera vez que la idea «castigo de Dios» rozo mi mente fue cosa fugaz y transitoria, en la que no paré mientes. Pero por la noche la misma idea reapareció, y esta vez ya con claridad y persistencia tales

que hube de prestarle mayor atención, pero la rechazó con un movimiento de enojo, de orgullo intelectual y de soberbia humana que la ahogaron en ciernes".

En una visita a su amigo Ortega y Gasset, encontró en casa de éste un hombre cuyo hijo era secretario de Negrín, por entonces Ministro de Hacienda de la República. Al enterarse de la preocupación de García Morente, se ofreció a hacer gestiones por medio de su hijo. Además de agradecido, el catedrático quedó desconcertado. "Yo me quedé pasmado. El conjunto de lo que me estaba sucediendo tenía caracteres verdaderamente extraños e incomprensibles. Alrededor de mí o, mejor dicho, sobre mí e independientemente de mí, se iba tejiendo, sin la más mínima intervención de mi parte, toda mi vida".

Todo lo que intentaba, no salía; todo lo que salía, no lo había intentado ni previsto. Por tercera vez la idea de la Providencia se clavó en su mente pero la rechazó con terquedad y soberbia.

En abril de 1937 su familia pudo salir de Madrid... pero no de España. Se instalaron en Barcelona; desde luego, estaban mejor que en Madrid, y tenían parientes que les acogieron. Volvió a derrumbarse.

Aquellas noches fueron atroces. «¿Qué está haciendo de mí -pensaba- Dios, la Providencia, la Naturaleza, el Cosmos, lo que sea?»."¿Qué esperanza es esa esperanza que no sabe lo que espera? Una esperanza que no sabe lo que espera es propiamente... la desesperación".

Claro está que enseguida se me apareció en la mente la idea de Dios. «Vamos -pensé-, Dios, si lo hay, no se cura de otra cosa que de ser. Dejémonos de puerilidades». Pero, para su asombro, su corazón, y poco a poco su cabeza, se iban inclinando a favor de un Dios providente.

"Por una parte, la idea de una providencia divina, que hace nuestra vida y nos la da y atribuye, estaba ya profundamente grabada en mi espíritu. Por otra parte, no podía concebir esa Providencia sino como supremamente inteligente, supremamente activa, fuente de vida, de mi vida y de toda vida, es decir, de todo complejo o sistema de hechos plenos de sentido. Llegado a esta conclusión, experimenté un gran consuelo. Y me quedé estupefacto al considerarlo. «¿Cómo es posible -pensé- que la idea de esa Providencia sabia, poderosa, activa y ordenadora, pero que acaba de asestarme tan terrible golpe, me sea ahora de consuelo?». No lo entendía bien. Pero el hecho era evidentísimo. El hecho era que me sentía más tranquilo, más sereno y reposado. (Mucho tiempo después, leyendo a San Agustín, he descubierto la verdadera clave del enigma en la frase «inquieto está mi corazón hasta que en Ti descansa»)". Pero, ¿por qué esa Providencia parecía tan cruel con él?

En ese estado, se le ocurrió pensar en el acto supremo de la rebeldía, en lo que parecía la máxima expresión de libertad frente a ese Dios dueño de nuestros destinos: el suicidio. "Pero tan pronto como me di cuenta de la conclusión a que había llegado, me espanté de mí mismo. No por la idea de suicidio en sí, que ya en otras ocasiones había estado en los ámbitos de mi conciencia, sino más bien por la absoluta ineficacia de un acto así, que a nada conducía, que nada resolvía".

Estaba en un callejón sin salida. Puso la radio. Música. Primero, César Frank; después, Ravel. Siguió L'enfance de Jésus de Berlioz, bien cantada por un magnífico tenor:

"Algo exquisito, suavísimo, de una delicadeza y ternura tales que nadie puede escucharlo con los ojos secos. (...) Cuando terminó, cerré la radio para no perturbar el estado de deliciosa paz en que esa música me había sumergido. Y por mi mente empezaron a desfilar -sin que yo pudiera ofrecerles resistencia- imágenes de la niñez de Nuestro Señor Jesucristo.

En realidad, supuso su conversión. "¿Y qué me había sucedido? Pues que la distancia entre mi pobre humanidad y ese Dios teórico de la filosofía me había resultado infranqueable. Pero Cristo, pero Dios hecho hombre, Cristo sufriendo como yo, más que yo, muchísimo más que yo, a ése sí que le entiendo y ése sí que me entiende, a ése sí que puedo entregarle fielmente mi voluntad entera, tras de la vida. A ése sí que puedo pedirle, porque sé de cierto que sabe lo que es pedir y sé de cierto que da y dará siempre, puesto que se ha dado entero a nosotros los hombres. ¡A rezar, a rezar! Y puesto de rodillas empecé a balbucir el Padrenuestro. Y ¡horror!, ¡se me había olvidado!".

Siguió de rodillas, rezando como podía. Recordó cómo su madre le había enseñado a rezar, reconstruyó el Padrenuestro, y el Avemaría... y de ahí no pudo pasar. "No importaba demasiado; lo cierto era que una inmensa paz se había adueñado de mi alma". Se sentía otro hombre, el "hombre nuevo". "¡Querer libremente lo que Dios quiera! He aquí el ápice supremo de la condición humana. «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»".

Las primeras conclusiones, los primeros propósitos, del cristiano Manuel García Morente empezaron a trazarse. "Lo primero que haré mañana será comprarme un libro devoto y algún buen manual de doctrina cristiana. Aprenderé las oraciones; me instruiré lo mejor que pueda en las verdades dogmáticas, procurando recibirlas con la inocencia del niño, es decir, sin discutir las ni sopesarlas por ahora. Ya tendré tiempo de sobra, cuando mi fe sea sólida y robusta y esté por encima de toda vacilación, para reedificar mi castillo filosófico sobre nuevas bases. Compraré también los Santos Evangelios y una vida de Jesús. ¡Jesús, Jesús! ¡Misericordia! Una figura blanca, una sonrisa, un ademán de amor, de perdón, de universal ternura. ¡Jesús!".

Siguió algo extraordinario. Para reforzar la fe recién renacida, Jesucristo quiso tener en él un detalle extraordinario: hacerse presente de un modo misterioso, pero real; de un modo que no se podía percibir por los sentidos, pero se percibía. "Allí estaba él. Yo no lo veía, yo no lo oía, yo no lo tocaba. Pero Él estaba allí. (...) Y no podía caberme la menor duda de que era Él, puesto que le percibía, aunque sin sensaciones. ¿Cómo es esto posible? Yo no lo sé".

Duró un rato que no se podía medir, y terminó, para no volverse a repetir. Lo necesario, y nada más. Años después, encontró algo parecido en la Vida de Santa Teresa.

Al cabo de unos días, cayó el Gobierno en España y, poco tiempo después, pudo reunirse con su familia, en París, y darles la buena noticia de su conversión: ¡gran alegría para una familia en la que él era el único que había carecido de fe!

En mayo de 1938 volvió a España, con la intención de realizar los estudios preliminares al sacerdocio. Fue ordenado sacerdote en 1940.

BREVE BIOGRAFIA Y PROCESO DE CONVERSIÓN DE NARCISO YEPES

Narciso García Yepes nació el 14 de noviembre de 1927 en Marchena (Lorca). Su infancia transcurrió en una casa de campo, en el seno de una familia de labradores. Aprendió antes a leer música que a leer palabras, y con seis años comenzó a recibir clases de solfeo y guitarra. Sus primeros pasos los da en el [Teatro Guerra](#) de Lorca y en la radio local. Con trece años Narciso comienza sus estudios en el Instituto de Enseñanzas Medias y en el Conservatorio Superior de Música de Valencia, donde se trasladaron al comenzar la guerra civil. Toda su vida ha sido un aprendizaje constante: '*Pobre de mí si no estudiara cada día*', decía ya con 67 años. En 1947, interpretó en público por vez primera el Concierto de Aranjuez (de Joaquín Rodrigo), lo cual le mereció celebridad inmediata.

En 1958 se casa con una joven polaca, estudiante de filosofía, llamada Marysia Szumlakowska, con la que tuvo tres hijos: Juan de la Cruz (muerto en un accidente a los 18 años), Ignacio Yepes (flautista y director de orquesta), y Ana Yepes (bailarina). En 1964, Yepes comienza a utilizar la guitarra de diez cuerdas, pues de ella obtenía mucha mejor resonancia y a la vez le facilitaba el tocar piezas de música barroca. A partir de 1993, Narciso Yepes empezó a limitar sus apariciones públicas, debido a problemas de salud. Su último concierto fue en Santander, el 1 de marzo de 1996. Su gran trayectoria musical le hizo merecedor de multitud de premios y menciones. Murió en 1997 a causa de un cáncer linfático.

ENTREVISTA QUE HIZO PILAR URBANO A NARCISO YEPES:

Narciso, dígame una cosa con toda sinceridad. ¿Qué es el triunfo para usted?. Me pide sinceridad total, ¿no? Pues así le hablaré. Jamás me he preocupado por el éxito, ni por el triunfo, ni por el aplauso... Todo lo que me ha ido viniendo de aceptación, por parte del público o de la crítica, lo he recibido con las mismas dosis de alegría que de humildad. Y en eso no pienso cambiar. Nunca me he envanecido, ni me he endiosado. El éxito no afecta al interior de mi ser. Dicho con más crudeza: mis entrañas no saben qué es la fama. Y eso es bueno. Uno sigue siempre agujoneado por el instinto de superación.

Pero usted trabaja con sus partituras y su guitarra para dar esa música a otros... Sí, ¿y qué?

Luego... está buscando un eco, y que le sea favorable. Yo recreo la música, primero, para mi gozo solitario. Y, sólo después, para darla a oír a los demás. Cuando doy un concierto, sea en un gran teatro, sea en un auditorium palaciego, o en un monasterio, o... tocando sólo para el Papa, como hice una vez en Roma ante Juan Pablo II, el instante más emotivo y más feliz para mí es ese momento de silencio que se produce antes de empezar a tocar. Entonces sé que el público y yo vamos a compartir una música, con todas sus emociones estéticas. Pero yo no sólo no busco el aplauso, sino que, cuando me lo dan, siempre me sorprende..., ¡se me olvida que, al final del concierto, viene la ovación! Y le confesaré algo más: casi siempre, para quien realmente toco es para Dios... He dicho «casi siempre» porque hay veces en que, por mi culpa, en pleno concierto puedo distraerme. El público no lo advierte. Pero Dios y yo sí.

¡Yo toco con los pies bien en el suelo! Yo soy consciente de que hay un diálogo mudo, una corriente mutua de energía que pasa de mí al público y del público a mí. Cuando se tiene el alma llena de fe y de amor, necesariamente se produce esa comunicación. No das notas, das... todo un mundo de evocaciones, de ideas, y de emociones que están entre las notas y en tu mente y en tu corazón y en las yemas de tus dedos. Das... tu vida interior. Al espectador de butaca y al de allá arriba a la vez.

Y.. ¿a Dios le gusta su música?. ¡Le encanta! Más que mi música, lo que le gusta es que yo le dedique mi atención, mi sensibilidad, mi esfuerzo, mi arte..., mi trabajo. Y, además, ciertamente, tocar un instrumento lo

mejor que uno sabe, y ser consciente de la presencia de Dios, es una forma maravillosa de rezar, de orar. Lo tengo bien experimentado.

¿Siempre ha tenido usted esa fe religiosa que ahora tiene? No. Mi vida de cristiano tuvo un largo paréntesis de vacío, que duró un cuarto de siglo. Me bautizaron al nacer, y ya no recibí ni una sola noción que ilustrase y alimentase mi fe... ¡Con decirle que comulgué por primera vez a los veinticinco años! Desde 1927 hasta 1951, yo no practicaba, ni creía, ni me preocupaba lo más mínimo que hubiera o no una vida espiritual y una trascendencia y un más allá. Dios no contaba en mi existencia. Pero... luego pude saber que yo siempre había contado para Él. Fue una conversión súbita, repentina, inesperada... y muy sencilla. Yo estaba en París, acodado en un puente del Sena, viendo fluir el agua. Era por la mañana. Exactamente, el 18 de mayo. De pronto, le escuché dentro de mí... Quizás me había llamado ya en otras ocasiones, pero yo no le había oído. Aquel día yo tenía «la puerta abierta»... Y Dios pudo entrar. No sólo se hizo oír, sino que entró de lleno y para siempre en mi vida.

¿Una conversión a lo Paul Claudel, a lo André Frossard..., a lo san Pablo? ¡Ah..., yo supongo que Dios no se repite! Cada hombre es un proyecto divino distinto y único; y para cada hombre Dios tiene un camino propio, unos momentos y unos puntos de encuentro, unas gracias y unas exigencias... Y toda llamada es única en la historia...

Dice usted que «escuchó», que «se hizo oír»..., ¿he de entender, Narciso, que usted, allí junto al Sena, «oyó» palabras? Sí, claro. Fue una pregunta, en apariencia, muy simple: «¿Qué estás haciendo?» En ese instante, todo cambió para mí. Sentí la necesidad de plantearme por qué vivía, para quién vivía... Mi respuesta fue inmediata. Entré en la iglesia más próxima, Saint Julian le Pauvre. Y hablé con un sacerdote durante tres horas... Es curioso, porque mi desconocimiento era tal que ni me di cuenta de que era una iglesia ortodoxa. A partir de ese día busqué instrucción religiosa, católica. No olvidé que yo estaba bautizado. Tenía la fe dormida y... revivió. Y ya desde aquel momento nunca he dejado de saber que soy criatura de Dios, hijo de Dios... Un hombre con una cita de eternidad que se va tejiendo y recorriendo ya aquí en compañía de Dios. Así como hasta entonces Dios no contaba para nada en mi vida, desde aquel instante no hay nada en mi vida, ni lo más trivial, ni lo más serio, en lo que yo no cuente con Dios. Y eso en lo que es alegre y en lo que es doloroso, en el éxito, en el trabajo, en la vida familiar, en una pena honda como la de que te llame la Guardia Civil a media noche para decirte que tu hijo ha muerto...

Esa noticia, ese desgarró, ¿no le hizo encararse con Dios y... pedirle explicaciones? ¿Lo aceptó a pie firme?

¿Pedirle explicaciones? ¿Por qué iba a hacerlo? Sentí y sigo sintiendo todo el dolor que usted pueda imaginarse..., y más. Pero sé que la vida de mi hijo Juan de la Cruz estaba amorosamente en las manos de Dios... Y ahora lo está aún con más plenitud y felicidad. Por otra parte, Pilar, cuando se vive con fe y de fe, se entiende mejor el misterio del dolor humano. El dolor acerca a la intimidad de Dios. Es... una predilección, una confianza de Dios hacia el hombre.

Oyéndole hablar puede parecer que en usted no hay, como en todos los mortales, el hombre carnal, el bajo mundo de pasiones, la rebeldía del barro... Se diría que en usted hay una espiritualidad de superhombre, o de superángel, sin lucha, sin tentación, sin caída... ¡y sin tibieza ni rutina! ¿No es demasiado sublime para ser real? Pues no habré sabido explicarme. ¡Claro que hay tentación! Pero también hay gracia. ¿Rutina, tibieza? Si se nutre a diario la experiencia de vivir estando al tanto de Dios, no cabe la rutina: Él interpela de continuo con preguntas y con solicitudes nuevas... Y uno va de hallazgo en hallazgo. ¡Nada es igual! Todo es novedad. Ya le dije que Dios no se repite nunca... Ciertamente, yo no le planteo rebeldía a Dios: hacer las cosas bien me cuesta, como a cualquiera. Pero, desde la libertad para decir «No quiero», decido decir « Sí quiero ». Porque, además de creer en Dios..., yo le amo. Y lo que es incomparablemente más

afortunado para mí: Dios me ama. ¡Cambiaría tanto la vida de los hombres si cayesen en la cuenta de esta espléndida realidad!.

Pero el mundo camina en otra dirección... justo la contraria. Sí. Es tremendo que el hombre, por cuatro cachivaches técnicos que ha conseguido empalmar, se haya creído que puede prescindir de Dios y trate de arreglar esta vida con su solo esfuerzo... Pero ¿qué está consiguiendo? No es más feliz, no tiene más paz, no se siente más seguro, no progresa auténticamente, pierde el respeto a los demás hombres, utiliza mal los recursos creados..., y él mismo es cada vez menos humano. La sociedad tecnificada y postindustrial de este siglo que vivimos ha perdido su norte. Está equivocada. Marcha fuera del camino ... ; por eso no avanza verdaderamente.

Supongo, pues, que usted no es partidario de la pena de muerte. ¡En modo alguno! ¿Quién es el hombre para disponer de la vida de otro hombre? Castigo al delincuente, sí. Pero pena de muerte, nunca. Quizás porque soy converso creo más que otros en la capacidad de regeneración y de redignificación del ser humano. Y no se debe cercenar esa posibilidad.

JOHN HENRY NEWMAN, intelectual, sacerdote y santo

Monseñor Francisco Gil Hellín

BURGOS, sábado, 11 de septiembre de 2010 (ZENIT.org).- Publicamos el mensaje que ha escrito monseñor Francisco Gil Hellín, arzobispo de Burgos, en preparación de la beatificación de John Henry Newman durante el viaje que Benedicto XVI realizará del 16 al 19 de setiembre a Gran Bretaña.

El próximo 19 de septiembre, el Papa Benedicto XVI beatificará a John Henry Newman, más conocido como "el Cardenal Newman", en el aeropuerto de Londres. Se trata de un acto de enorme calado y proyección, porque así hay que calificar tanto el hecho de que sea el Papa de Roma quien acuda a beatificar a un ex miembro de la Iglesia anglicana, precisamente en el corazón de esa misma Iglesia, como el que pueda hacerlo sin que se conmuevan los cimientos de la Iglesia de Inglaterra, en la que la Reina es su Jefe Supremo. No es, pues, de extrañar que el acto haya suscitado un inusitado interés y sea cubierto por una nube de periodistas.

¿Quién era Newman? Newman fue un inglés nacido en Londres, cuyo padre era banquero y su madre pertenecía a una familia de fabricantes de papel. A los siete años fue enviado a una escuela privada, donde se distinguió por su inteligencia y buena conducta. Pronto comenzó a leer la Biblia, por la que se sintió no sólo atraído sino subyugado. Más adelante realizó los estudios universitarios, en los cuales volvió a sobresalir. Pero no se encerró en lo estrictamente académico, pues representó obras de teatro en latín, tocaba el violín, ganó premios de oratoria y editó publicaciones periódicas.

El año 1816 tuvo una influencia decisiva en su vida. El banco de su padre dio en quiebra, como consecuencia de las guerras napoleónicas, y él mismo contrajo una grave enfermedad, que, a la larga, sería una de las tres enfermedades que él calificaría luego como 'providenciales'. Además, tuvo una conversión religiosa, en cuanto que su fe derivó hacia posiciones evangélicas y calvinistas, llegando a sostener que el Papa era el Anticristo. Años más tarde, en 1824, fue ordenado presbítero de la Iglesia de Inglaterra. Por esa época se convirtió en párroco de St. Clement, en Oxford, donde permaneció dos años, aunque sacando tiempo para publicar importantes y densos artículos.

A finales de 1827, Newman sufre una especie de colapso nervioso, provocado por el exceso de trabajo y los problemas financieros de la familia, a lo que se unió la muerte repentina de su hermana menor. Poco después, en las vacaciones de 1828, comenzó a leer sistemáticamente las obras de los Padres de la Iglesia.

Entró en el llamado Movimiento de Oxford, el cual trataba de demostrar que la Iglesia de Inglaterra era la descendiente directa de la Iglesia de los Apóstoles. Esto le llevó más tarde a reconsiderar la relación de la Iglesia de Inglaterra con la Iglesia Católica Romana. Los puntos de vista de Newman fueron asumiendo progresivamente un mayor tono católico. En 1842 se retiró a Littlemore y vivió como monje con un pequeño grupo de seguidores y en condiciones de gran austeridad física. A sus discípulos les asignó la tarea de escribir sobre la vida de los santos ingleses, mientras él escribía «Ensayos sobre el desarrollo de la doctrina cristiana». Poco a poco se fue reconciliando con el dogma y la liturgia de la Iglesia Católica. En 1843 hizo una retractación formal de todas las afirmaciones pronunciadas contra la Iglesia Romana y en septiembre de ese mismo año

predicó su último sermón como anglicano. Dos años más tarde se convirtió al catolicismo, siendo ordenado sacerdote católico en junio de 1847.

En 1889 a los 88 años de edad, fue nombrado por León XIII cardenal de la Iglesia Católica. Murió el 11 de agosto del año siguiente. En 1991 fue declarado Venerable y el 3 de junio de 2009 la Santa Sede promulgó el decreto que le atribuye un milagro. El próximo 19 de septiembre será beatificado por Benedicto XVI.

El nuevo beato nos ha dejado en herencia tres grandes amores: a la verdad, a la Sagrada Escritura y a los Padres de la Iglesia. Los tres son de suma actualidad e importancia.

John Henry Newman, “gran doctor de la Iglesia”

Discurso del cardenal Joseph Ratzinger en 1990

Sábado, 11 de septiembre de 2010 (ZENIT.org).- A pocos días de la beatificación del cardenal John Henry Newman, presentamos nuestra traducción del discurso pronunciado por el cardenal Joseph Ratzinger el 28 de abril de 1990 con ocasión del centenario de la muerte del gran cardenal inglés, a quien el actual Papa definió entonces como "un gran doctor de la Iglesia".

Yo no me siento competente para hablar de la figura o la obra de John Henry Newman, pero tal vez puede ser interesante que me detenga un poco sobre mi acercamiento personal a Newman, en el que se refleja también algo de la actualidad de este gran teólogo inglés en las controversias espirituales de nuestro tiempo.

Cuando en enero de 1946 pude comenzar mi estudio de la teología en el seminario de la diócesis de Freising, que finalmente había vuelto a abrir sus puertas después de los desastres de la guerra, se decidió que nuestro grupo tuviera como prefecto a un estudiante más veterano, que ya antes de empezar la guerra había comenzado a trabajar en una disertación sobre la teología de la conciencia de Newman. Durante los años de su ocupación en la guerra no había abandonado este tema, que ahora volvía a retomar con nuevo entusiasmo y nuevas energías. Desde el primer momento nos unió una amistad personal, que se concentraba completamente alrededor de los grandes problemas de la filosofía y la teología. No hace falta decir que Newman estaba siempre presente en este intercambio. Alfred Läßle, él era el prefecto antes mencionado, publicó luego en 1952 su disertación, con el título "*El individuo en la Iglesia*".

La doctrina de Newman sobre la conciencia se convirtió entonces para nosotros en el fundamento de aquel personalismo teológico que nos atrajo a todos con su encanto. Nuestra imagen del hombre, así como nuestra concepción de la Iglesia, se vieron marcadas por este punto de partida. Habíamos experimentado la pretensión de un partido totalitario que se consideraba la plenitud de la historia y que negaba la conciencia del individuo. Hermann Goering había dicho de su jefe: "¡Yo no tengo ninguna conciencia! Mi conciencia es Adolf Hitler". La inmensa ruina del hombre que derivó de esto, estaba ante nuestros ojos.

Por eso, para nosotros era un hecho liberador y esencial saber que el "nosotros" de la Iglesia no se basaba en la eliminación de la conciencia sino que sólo podía desarrollarse a partir de la conciencia. Precisamente porque

Newman explicaba la existencia del hombre a partir de la conciencia, es decir, en la relación entre Dios y el alma, era también claro que este personalismo no representaba ninguna concesión al individualismo y que el vínculo con la conciencia no significaba ninguna concesión a la arbitrariedad - más aún, que se trataba precisamente de lo contrario.

De Newman aprendimos a comprender el primado del Papa: la libertad de conciencia - así nos enseñaba Newman con la Carta al Duque de Norfolk - no se identifica, de hecho, con el de derecho de "dispensarse de la conciencia, de ignorar al Legislador y Juez, y de ser independientes de los deberes invisibles". De este modo, la conciencia, en su significado auténtico, es el verdadero fundamento de la autoridad del Papa. De hecho, su fuerza viene de la Revelación, que completa la conciencia natural iluminada de manera sólo incompleta, y "su *raison d'être* es la de ser el campeón de la ley moral y de la conciencia".

Esta doctrina sobre la conciencia se ha vuelto para mí cada vez más importante en el desarrollo sucesivo de la Iglesia y del mundo. Me doy cuenta, cada vez más, de que sólo se manifiesta de modo completo haciendo referencia a la biografía del Cardenal, la cual supone todo el drama espiritual de su siglo.

Newman, como hombre de la conciencia, se transforma en un converso; fue su conciencia que lo condujo desde los antiguos vínculos y las antiguas certezas dentro del mundo para él difícil e inusual del catolicismo. Pero precisamente esta vía de la conciencia es algo distinto a una vía de la subjetividad que se afirma a sí misma: es, en cambio, una vía de la obediencia a la verdad objetiva.

El segundo paso del camino de conversión que duró toda la vida de Newman fue, de hecho, la superación de la posición del subjetivismo evangélico en favor de una concepción del cristianismo basada en la objetividad del dogma. Al respecto, siempre encuentro muy significativa, pero particularmente hoy, una formulación tomada de una de sus prédicas de la época anglicana:

"El verdadero cristianismo se demuestra en la obediencia, y no en un estado de conciencia. Así, todo el deber y el trabajo de un cristiano se organiza en torno a estos dos elementos: la fe y la obediencia; «mira a Jesús» (Heb. 2, 9)... y actúa según su voluntad. Me parece que hoy corremos el peligro de no dar el peso que deberíamos a ninguno de los dos elementos. Consideramos cualquier verdadera y cuidadosa reflexión sobre el contenido de la fe como estéril ortodoxia, como sutileza técnica. En consecuencia, hacemos consistir el criterio de nuestra piedad en la posesión de una así llamada disposición de ánimo espiritual".

En este contexto, se han vuelto para mí importantes algunas frases del libro "*Los arrianos del siglo IV*", que a primera vista me han parecido más bien sorprendentes: "el principio puesto por la Escritura como fundamento de la paz es reconocer que la verdad en cuanto tal debe guiar tanto la conducta política como la privada... y que el celo, en la escala de las gracias cristianas, tiene la prioridad por sobre la benevolencia".

Para mí es siempre fascinante darme cuenta y reflexionar cómo precisamente así, y sólo así, a través del vínculo a la verdad, a Dios, la conciencia recibe valor, dignidad y fuerza. En este contexto, quisiera añadir sólo otra expresión tomada de la "*Apología pro vita sua*", que demuestra el realismo de esta concepción de la persona y de la Iglesia: "Los movimientos vivos no nacen de comités".

Quisiera volver una vez más brevemente al hilo autobiográfico. Cuando en 1947 proseguí mis estudios en Munich, encontré en el profesor de teología fundamental, Gottlieb Söhngen, mi verdadero maestro en teología, un culto y apasionado seguidor de Newman. Él nos inició en la "*Gramática del Asentimiento*" y, con ella, en la modalidad específica y la forma de certeza propia del conocimiento religioso.

Aún más profundamente actuó sobre mí la contribución que Heinrich Fries publicó con ocasión del Jubileo de Calcedonia: allí encontré el acceso a la doctrina de Newman sobre el desarrollo del dogma, que considero, junto a su doctrina sobre la conciencia, su contribución decisiva a la renovación de la teología. Con esto, puso en nuestras manos la clave para insertar en la teología un pensamiento histórico, o más bien, nos enseñó a pensar históricamente la teología y, precisamente de ese modo, a reconocer la identidad de la fe en todos los cambios. Debo abstenerme de profundizar, en este contexto, tal idea. Me parece que la contribución de Newman no ha sido todavía aprovechada del todo en las teologías modernas. Ella aún contiene en sí posibilidades fructíferas que esperan ser desarrolladas.

En este momento, sólo quisiera volver una vez más al trasfondo biográfico de esta concepción. Es sabido cómo la concepción de Newman sobre la idea del desarrollo ha marcado su camino hacia el catolicismo. Sin embargo, no se trata aquí sólo de un desarrollo carente de ideas. En el concepto de desarrollo está en juego la misma vida personal de Newman. Pienso que esto se hace evidente en su conocida afirmación, contenida en el famoso ensayo sobre "*El desarrollo de la doctrina cristiana*": "aquí sobre la tierra vivir es cambiar, y la perfección es el resultado de muchas transformaciones". Newman ha sido, a lo largo de toda su vida, alguien que se ha convertido, alguien que se ha transformado, y de este modo ha seguido siendo siempre él mismo y ha llegado a ser cada vez más él mismo.

Aquí me viene a la mente la figura de san Agustín, tan cercana a la figura de Newman. Cuando se convirtió en el jardín de *Casiciacum*, Agustín había comprendido la conversión según el esquema del venerado maestro Plotino y de los filósofos neoplatónicos. *Pensaba que la vida pasada de pecado estaba ahora definitivamente superada; el convertido sería de ahora en más una persona completamente nueva y diversa, y su camino sucesivo habría consistido en un continuo ascenso hacia las alturas cada vez más puras de la cercanía de Dios, algo parecido a lo que describió Gregorio de Nisa en De vita Moysis: "Así como los cuerpos, apenas han recibido el primer impulso hacia abajo, se hunden por sí mismos sin ulteriores impulsos... así, pero en sentido contrario, el alma que se ha liberado de las pasiones terrenas, se eleva constantemente con un veloz movimiento de ascenso... en un vuelo que apunta siempre hacia lo alto"*.

Pero la experiencia real de Agustín era otra: tuvo que aprender que ser cristiano significa, más bien, recorrer un camino cada vez más fatigoso, con todos sus altibajos. La imagen de la ascensión es sustituida por la de un camino, en cuyas fatigosas asperezas nos consuelan y sostienen los momentos de luz que de vez en cuando podemos recibir. La conversión es un camino, un camino que dura toda una vida. Por eso, la fe es siempre desarrollo y, precisamente de este modo, maduración del alma hacia la Verdad, que "es más íntima a nosotros que nosotros mismos".

Newman expuso en la idea del desarrollo la propia experiencia personal de una conversión nunca dada por concluida, y así nos ha ofrecido la interpretación no sólo del camino de la doctrina cristiana sino también de la

vida cristiana. El signo característico del gran doctor de la Iglesia es, en mi opinión, que él no enseña sólo con su pensamiento y sus discursos sino también con su vida, ya que en él pensamiento y vida se compenetran y se determinan recíprocamente. Si esto es cierto, entonces realmente Newman pertenece a los grandes doctores de la Iglesia porque, al mismo tiempo, él toca nuestro corazón e ilumina nuestro pensamiento.